

De las virtudes del romero se puede escribir un libro entero

El romero (*Rosmarinus officinalis*) es un arbusto que crece exclusivamente en la región mediterránea pero que se ha cultivado desde muy antiguo en todo el mundo como planta ornamental y medicinal.

Se encuentra clasificado dentro de la familia de las labiadas, a la que pertenecen la gran mayoría de las plantas aromáticas, típicas todas ellas de regiones cálidas o templadas, y que se caracterizan por la producción de aceites esenciales de olor más o menos agradable. Pertenecen también al grupo de las labiadas algunas plantas tan conocidas y cotidianas como el orégano (*Origanum vulgare*), la albahaca (*Ocimum basilicum*), las mentas (*Mentha* spp), o los tomillos (*Thymus* spp), muy importantes tanto por su uso culinario como por sus propiedades medicinales.

SUS NOMBRES

Todos los seres vivos tenemos un nombre científico que es universal y que suele hacer alusión a alguna característica, a quién la descubrió, dónde vive... En este caso *Rosmarinus* tiene dos interpretaciones. Una, que vendría del latín *ros marinus*, es decir "rocío marino"; y otra que parece más probable, que derivaría del griego *rhops myrinos* que vendría a significar "arbusto aromático". En cuanto a su epíteto *officinalis*, lo llevan las plantas que se usan en medicina y herbolario.

Los nombres vernáculos que se usan para denominar esta planta derivan principalmente de dos. La más extendida es romero y sus variantes (romaní, romer, romerino, romeral, erromeru...), que procederían directamente de su nombre científico. La otra es alecrim, palabra de origen árabe y que es como se denomina en Portugal y en algunas zonas de Galicia.

Sin embargo, cuando nos estamos refiriendo a una planta con su nombre vernáculo hay que tener muy en cuenta quién lo usa y dónde, porque puede llevar a confusión. Por ejemplo, los vecinos portugueses llaman *rosmaninho* a especies del género *Lavandula*; en comarca de Aliste el romanino es otro

arbusto aromático conocido más comúnmente como tomillo salsero (*Thymus zygis*); y hay otros muchos lugares en los que al referirse al romero, romerillo o romerina se están refiriendo al *Cistus clusii*, una especie de la familia de la jara.

SUS USOS

Las propiedades medicinales del romero son infinitas: es antiséptica, antiespasmódica, diurética, vulneraria, estimulante... En nuestros pueblos se han utilizado tradicionalmente diversas preparaciones para curar heridas y quemaduras tanto de humanos como de sus animales, el famoso alcohol de romero para hacer friegas, a modo de digestivo o para hacer vahos. Además, tiene gran reputación como planta melífera y como condimento.

Es destacable su papel dentro de la cultura inmaterial por su carácter purificador y mágico, habiendo lugares en los que se dedica una fiesta concreta como el caso de las Luminarias del pueblo de Fontanarejo (Ciudad Real) en la que se quema esta planta como acto de purificación.

Además, las plantas aromáticas en general suelen jugar un papel protagonista en la gran mayoría de las romerías o celebraciones del Corpus, engalanando con ellas las calles por donde va a pasar la procesión y en muchos casos incluso recojiéndolas después para su uso medicinal o veterinario, por creer que son más efectivas que las recolectadas directamente del campo. El romero sin duda es una de ellas.

Y en el folclore aparece constantemente, casi siempre florido, para que te ahúmes con él y quitar el aroma de los amores primeros, alabando sus virtudes aunque no esté sembrado, regándolo para las damas, en el manto y además es a lo que huelen los pastores en vez de oler a sebo.

Elisa Gallego (Bióloga)

Cascabullo

2/2019

Imagen Vestidera
S. XVIII
44 cms.

Col. Fondos -MECyl

Figura de madera policromada, clavos de hierro y ojos de vidrio castaños. Lleva pendientes de metal blanco en forma de pájara. La cabeza está preparada para portar corona. Posee bastidor con pabellones en cruz y base en medialuna.



Editorial

"Llámanse «palmeros» a quienes van a Oriente, pues suelen traer muchas palmas de allí; «peregrinos» a los que van al templo de Galicia, pues la sepultura de Santiago está más lejos de su patria que la de cualquier otro apóstol, y «romeros» a los que van a Roma, que era adonde se dirijían mis peregrinos."

Aunque Dante Alighieri nos ilustrase así (*La Vita Nuova*) la etimología de las romerías, a nosotros tal palabra nos sigue trayendo a la memoria los aromas campestres de estos meses de primavera, fervor, dulzaina y meriendas. Olores que nos transportan también a las fiestas del Corpus, retratadas con la sutil y honda belleza de las palabras de Tomás Salvador, al que despedimos desde el corazón.

Entornos abiertos, buen tiempo, música, jolgorio, comida y bebida en cantidad... Quizá la romería haya encontrado ya su reinterpretación laica en nuestra sociedad. Los festivales de música se multiplican cada año por toda la geografía y mueven a centenares, miles de "fieles". Secuela, homenaje o evento independiente, pensamos que merecen también un espacio de análisis.

Esperamos que la lectura de este segundo Cascabullo os resulte tan interesante como a nosotros hacerlo. Agradecemos enormemente las colaboraciones de Alberto Jambrina, Elisa Gallego, Guadalupe Bécares y Mariam A. Montesinos en las palabras, la música y las imágenes. ¡Hasta pronto amigos!

Grupo
Amigos
Museo
Etnográfico

Encuétranos en Facebook

@grupoamigos.mecyl

o en

www.museo-etnografico.com/game



Fotografía: Víctor K.

De festivales y de romerías

Aglomeraciones de centenares o miles de personas, barro en los zapatos, alcohol, jaleo, cánticos y música, familias y amigos reunidos en corrillos, flores, pieles enrojadas por el sol, comida, más alcohol, campo, más cánticos... ¿De qué estamos hablando? Si la pregunta estuviese formulada hace cincuenta años, las romerías habrían protagonizado la mayor parte de las respuestas. Sin embargo, si la hiciésemos hoy, probablemente fueran más los que se decantasen por algo que, en los últimos años, no para de ganar adeptos, sobre todo entre los más jóvenes: los festivales.

Solo en Zamora, el calendario oficial de romerías recoge más de un centenar de celebraciones repartidas por los diferentes pueblos de la provincia a lo largo del año. Aunque todas compartan características comunes, cada una es diferente y aglutina leyendas, historias y tradiciones que la hacen distinta a la de la localidad de al lado, aunque sus casas apenas estén separadas por un puñado de kilómetros. Con el motivo religioso de honrar al patrón o patrona de fondo, las jornadas festivas servían –y sirven– para estrechar lazos y reforzar la identidad local y los vínculos entre los vecinos, familiares y amigos. Y lo han conseguido: las romerías que ya recogieron en sus obras Lope de Vega, Cervantes, Calderón de la Barca y tantos otros continúan celebrándose muchos siglos después con los obvios cambios propiciados por el paso del tiempo, pero con la misma esencia.

Hace ya décadas, a las tradicionales romerías les salió un competidor con un inmenso poder de convocatoria, con características que podrían resultar similares –o, al menos, útiles para establecer cierto paralelismo– pero con objetivos completamente distintos. Según las cifras manejadas por las diversas asociaciones de promotores musicales, en nuestro país hay más de ochocientos festivales de música registrados oficialmente. Más de la mitad se celebran en los meses de julio y agosto aunque la oferta ya está

diversificada desde mayo a septiembre– y, entre todos, mueven cifras que van más allá de los veinte millones de euros.

En medio de una tendencia demográfica que envejece y vacía la España rural y romera, algunos han querido ver los festivales como una suerte de romería del siglo XXI: citas anuales, con público fiel que suele repetir cada edición y ambiente festivo que logra congregarse a miles de personas unidas no por su lugar de nacimiento sino por unos gustos musicales similares: aunque aquí no haya vírgenes o santos a los que sacar en procesión, también hay ídolos a los que jalea. Y, aunque vengan de más allá del pueblo de al lado, todos acuden a la cita en religiosa peregrinación –ya sea en coche, Alsa o AVE– para forjar su identidad como miembros de una comunidad festivalera determinada.

Precisamente porque los pueblos se vacían y las romerías son cada vez algo más minoritario –y quizá porque aún tendemos a verlo precisamente como eso, como algo de pueblo con esa característica superioridad de lo urbana que nos sigue pesando como una losa–, por desgracia no es descabellado plantear que los festivales acaben

ocupando su lugar. Dentro de unos años puede que no haya nadie para llevar un Cristo a su ermita al son de las dulzainas, pero sí nos reuniremos a corear los himnos del grupo de moda, sea el que sea en ese momento. No sabremos la leyenda que contaban los pastores a sus nietos cuando salían al monte, pero sí estaremos ahí para quejarnos si los promotores de nuestro festi favorito han lanzado un cartel que no nos gusta demasiado.

Quizá sea el signo de los tiempos y estemos destinados a movilizarnos o reunirnos, cada vez más, en torno a citas que nos ofrezcan la música y el ambiente que queremos, a un precio razonable y con una marca que servirá para reconocernos entre nosotros y hacernos diferentes al resto. Algo que nos haga disfrutar durante un tiempo para olvidar todo lo que nos ahoga en nuestra rutina. Sin embargo, en un mundo líquido y cambiante, es arriesgado dejar las señas de identidad que nos definen en manos ajenas: podemos romantizar una cita porque nos gusta el ambiente o porque la vivimos con nuestros amigos y nuestra familia –con las romerías también sucede–, pero es peligroso olvidar de dónde venimos para dejarnos llevar por lo que quieren que seamos.

Las tradiciones y los pueblos cambian y evolucionan –menos mal–, pero es mucho más difícil borrar una identidad y un sentimiento de pertenencia contruidos sobre el arraigo de varias generaciones que hacerlo sobre el (lógico) ánimo de lucro de una empresa privada que invierte su capital un par de días en verano y que, si las cosas se tuercen, moverá el chiringuito a otro pueblo o directamente, lo cerrará. ¿Y a dónde peregrinarían entonces los fieles?

Afortunadamente, disfrutar de las romerías y de los festivales no es incompatible: cada una tiene su razón de ser, aunque no siempre la veamos clara o le demos la importancia que merece como momentos que refuerzan y crean vínculos entre comunidades. Al final, las ramas y las flores son la parte más vistosa de un árbol, lo que nos ciega y admiramos por su belleza... pero no olvidemos que el tronco no puede mantenerse en pie si le quitamos las raíces.



Fotografía: Mariam Montesinos

Guadalupe Bécares

PROCESIÓN DE NTRA. SRA. DE "LA CONCHA"

Informante: Bonifacio Arévalo
"El Rubio de Olivares", dulzaina

Transcripción: Alberto Jambrina Leal
Escuela de Folklore C.F.M. de Zamora

Allegro

Dulzaina



El Tomillo

Al monte iban a por tomillo la víspera del corpus. Volvían los carros al atardecer, y los niños, que los esperábamos ansiosos en la laguna grande, les servíamos de cortejo hasta la iglesia. No dejaban entrar a nadie, sólo a los que lo desparramaban desde la pila del bautismo hasta las gradas del altar mayor, entre las filas de bancos y los reclinatorios. Después se cerraba la iglesia, las puertas de dentro y las de fuera, las ventanas y el ventanuco de la sacristía.

Así se guardaba también a las novias, como una cesta de olor

Tomás Salvador. Siempre es de noche en los bolsillos, 2014, Papeles Mínimos